

# ARQUITECTURA Y RELIGION

*A Victor Andrés Belaúnde.*

Las religiones son los grandes sistemas estructurales del alma; son esencialmente arquitectónicas. La arquitectura no se concibe a su vez, ideal y completa, sin la religión. Sólo el impulso del espíritu dirigido hacia Dios ha podido crear la arquitectura perfecta: los templos. Los grandes equilibrios constructivos no son sino imposiciones de la fé a la materia para que se eleve en columnas, vuele en arcos y se esfume en bóvedas. Se busca el camino de Dios, un procedimiento para llegar a El, y vienen los himnos, las disciplinas, las creencias y el orden. El corazón y el pensamiento se unen, el camino se abre y la voluntad de alcanzarlo se impone perdurándolo todo en piedra: en arquitectura.

Un pueblo sin religión no tiene arquitectura. Sin religión no hay trascendencia estructural posible. Ella es la única que enseña a construir con sabiduría máxima, a determinar la unidad y la estabilidad absolutas; de ella han surgido las grandes armonías de verdad y belleza.

Los pueblos remotos no sintieron la divinidad sino en la naturaleza y en la vida. Esto bastó para que se cubrieran de inmensos templos metódicos como la propia naturaleza y de un ritmo eterno de vida. Así fueron los templos de Egipto: ellos dieron a la arquitectura todo el sistema adintelado. Así fueron las torres de Asiria que, al querer alcanzar los astros, dieron en sus masas escalonadas el monumento de ladrillo.

Los griegos vieron la divinidad en la belleza. Resplandeció el templo sublime en la forma. La materia se sometió a la armonía del espíritu, vino la proporción profunda entre lo ideal y lo posible y se crearon los elementos de la arquitectura clásica. Roma les dió arcos y bóvedas inertes a esos templos. De allí nació la pompa estructural de su arquitectura utilitaria.

Los hombres de Oriente pulverizaron la divinidad en la tierra y en el Universo. Fundieron la estructura, diluyeron la forma y todo apareció en un mismo plano de valores. La divinidad se aglomeró en templos fabulosos y cubiertos de vida sin principio ni fin. Fueron fragmentos deformes del Gran Todo. Arquitectura enorme pero sin ascensión, incompleta, nebulosa, truncada, move-diza y sola. Fue la única arquitectura en Oriente a pesar de su vaguedad estructural.

El cristianismo hizo el verdadero milagro constructivo. La naturaleza, la vida, el universo, la forma, todo debe llevarnos hacia Cristo. Nada vale sino por su dirección y sentido hacia ese camino de perfección continua y absoluta. Lo que enseña el Maestro es a la vez infinito y rotundo, es todo corazón y pensamiento; la materia se sublimiza en elevación y estructura hasta alcanzar la forma, ya no proporcionada y justa de los griegos, sino espiritual y expresiva del alma que asciende. La materia deja su reposo clásico para volverse equilibrio puro de fuerzas vivas, nítidas y precisas. Apareció toda la técnica maravillosa de las bóvedas que se contrarrestan y suben, de la iluminación total, de la eliminación de la inercia. La iglesia romántica inició con la piedra ese camino del alma y la catedral gótica cantó el triunfo definitivo en la materia del corazón y de la inteligencia.

Después vino el humanismo, la iglesia renacentista, en que las formas bellas del pasado clásico las pone el hombre, individual y libre, al servicio de Cristo. Nace la cúpula como la creación misma de la esfera celeste indicando la casa de Dios.

El relieve jugoso de las cosas brota luego en el templo barroco, templo humano y divino que atrae nuestros sentidos y hace surgir el alma encantada hacia arriba. Esos templos resumían el saber constructivo de todas las arquitecturas.

Por último vino el imperio de la razón suelta con los grandes principios filosóficos del siglo XIX y la arquitectura perdió su impulso creador; faltaba la intensidad de religión. Nada nuevo pudo hacerse de espiritual y puro en arquitectura.

Hoy la ciencia escueta ha extraído del suelo y del cerebro nuevos elementos de construcción, sanos, claros, sorprendentes, pero aún sin sentido trascendental. La nueva arquitectura parece buscar cierta perfección platónica en sus juegos poliédricos y está ennoble-

cida por la matemática, pero le falta el alma que la independice y la ordene en cosa desinteresada y definitiva.

La arquitectura nació dirigiéndose a Dios y por eso apareció monumental desde un principio; dolmens, trilitos y pirámides encerraron la primera estructura de la inteligencia y la primera forma de esperanza. Creer que el origen de la arquitectura está en la choza, en la construcción puramente utilitaria, es admitir que en un hecho material que siempre se resuelve, se concluye y se olvida, esté el impulso de una de las creaciones más sublimes del hombre. El templo fué la arquitectura primera, al templo fueron todas las intenciones constructivas, allí se solucionaron y de allí salieron completas y perfectas.

Hoy las obras son puramente utilitarias; las admiramos por su novedad y audacia, pero las vemos desorientadas, sin rumbo verdadero, aisladas, monótonas, repetidas y como prisioneras de sí mismas a pesar de sus formas aéreas y temerarias. El alma está aún ausente en la arquitectura moderna. Le falta el sentido de Dios para que se vuelva estructura libre, absoluta y radiante.

Héctor VELARDE